

El monstruo de la habitación roja

Francesc Gisbert

Todo empezó con la mudanza. Yo tendría unos seis años. Recuerdo que amaneció un día oscuro, triste, apagado... y parecía que se pondría a llover en cualquier momento.

Ni la nueva casa ni la nueva ciudad me causaron buena impresión. Entre otras cosas, porque se trataba de una ciudad callada y solitaria, y de una casa vieja y fantasmagórica. No osé mencionarlo a mis padres para no ofenderlos. ¡Se les veía tan contentos y eufóricos recorriendo la casa de punta a punta!

Pero en mi interior me sentía muy desilusionado. Y al mismo tiempo asustado por el aspecto de la casa. ¿Es que era el único que se daba cuenta?

Un edificio en las afueras de la ciudad, lejos de cualquier lugar. La fachada gris. El tejado puntiagudo. Y ni un alma por la calle que, como la casa, parecía también abandonada. No es necesario explicar el efecto que aquella casa podía producir en un niño de seis años tan impresionable y fantasioso como yo. Cuando los muebles que nos habíamos llevado estuvieron en su sitio, nos instalamos en nuestras respectivas habitaciones. ¡A mí, evidentemente, me tocó la peor de todas! Era en la buhardilla, con una única ventana ovalada y un techo alto que descendía en vertical.

Esto fue la gota que colmó el vaso. No me pude contener. Mi padre, en lugar de entenderme, se mosqueó conmigo:

—Cuando vivíamos en el piso de la ciudad, siempre decías que te morías por una habitación como ésta, en la buhardilla y apar-

tada del resto de la casa. ¡De manera que ahora no vengas con monsergas!

No me escucharon y me enviaron a jugar haciéndome mala cara. Recuerdo que fue la primera vez que mis padres no me escuchaban cuando intentaba hablar con ellos. Pensé que todo era por culpa de aquella maldita casa. Y la odié aún más.

El dormitorio de mis padres se encontraba en la primera planta. En cambio, mi habitación estaba al final del corredor del segundo piso: el lugar más solitario y apartado. ¡Y menuda habitación! Le tenía aprensión, sin poder explicar bien los motivos. Presentía que alguna cosa desagradable me podía pasar. La llamativa pintura roja de las paredes, que según mi madre era la última moda, no había sido capaz de disimular completamente las grietas y el hedor a moho. Eran unas condiciones horribles, a mi parecer. Y ni mis propios padres me creían. Además, me sentía solo, demasiado solo:

—Dentro de unos días la casa será más confortable —dijo mi madre—. Tengo entendido que ha estado deshabitada muchos años.

No me sorprendió. Los anteriores habitantes debían de haber muerto asesinados o en cualquier otra circunstancia extraña y macabra. Seguro que sus espíritus deambulaban por los pasillos. Y yo me los encontraría al abrir alguna puerta, con una hacha en la cabeza, o profiriendo gritos a media noche.

Al acostarme, me tapé con las sábanas, procurando no pensar

en el miedo que me agobiaba. No tardé en tener la sensación de que no me encontraba solo. Presentimiento que, poco a poco, se convirtió en certeza. Aquél era el motivo del miedo. Me sentía observado. Como si unos ojos feroces y hambrientos me espieran desde los rincones, al acecho. Y mis padres en el piso de abajo, lejos de mí, demasiado lejos...

Todo el terror se concentraba en único punto, el armario empotrado. Mi cama estaba frente a la ventana y el armario al fondo. Entre ambos estaba la puerta y el interruptor de la luz.

El armario era muy grande. Mi madre decía que nunca lo llenaría del todo. Pero entonces me di cuenta de que quizá sí pareciera demasiado grande para ser un simple armario de pared. En aquel momento la puerta del armario se abrió lentamente. Chirrió levemente, y no tardé en verlo. Una figura alta y larguirucha salía del interior. El corazón me palpitaba frenéticamente. La sombra avanzó unos pasos y se detuvo en seco, al comprobar que la observaba.

Finalmente, no pude aguantar más y empecé a gritar como un desesperado. Mis padres no tardaron en aparecer, ojerosos y con cara de pocos amigos.

Cuando encendieron la luz, no vieron nada. La puerta del armario estaba bien cerrada y en la habitación sólo me encontraba yo. Pero descubrieron algo diferente:

—Mira, Carlos se ha hecho pis —dijo mamá.

—De manera que era eso. ¿Todo el numerito para disimular

que te habías hecho pis? —confirmó papá con ironía.

Mis padres se pusieron a reír. Era la primera vez en mucho tiempo que mojaba las sábanas. De nada sirvió que intentara convencerlos. No me creyeron. Y aún peor: volvieron a dejarme solo.

Afortunadamente, aquella noche no hubo más apariciones del monstruo del armario. Lo sé porque no pegué ojo. Pero a la noche siguiente, la historia volvió a repetirse. La puerta del armario se abrió poco a poco y apareció la figura alta y larguirucha. De nuevo, nos quedamos mirándonos en la penumbra. Grité. Acudieron mis padres. Y otra vez me había meado.

—No me gusta la habitación, quiero otra.

—¿Cómo que no te gusta la habitación? ¡Pero si es la mejor de toda la casa! ¿Por qué crees que la escogimos para ti?

—No quiero dormir donde se aparecen fantasmones.

El proceso se repitió un par de noches más. Hasta que, ante mi insistencia, los llantos y las «despertadas» nocturnas, mis padres accedieron a cambiarme de habitación. Mi nuevo cuarto era, efectivamente, más feo y pequeño que el anterior. Pero no me daba miedo porque no tenía ningún armario de pared... Con el tiempo, la habitación roja se convirtió en un trastero. Desde entonces, nunca más mojé las sábanas ni pensé en el monstruo del armario.

Los años transcurrieron y me acostumbré a la nueva casa. Mis padres me dieron una hermanita. Se llama Laia. Morenita y de



ELISA ARGUIÉ.

ojos negros. Y tan menuda que cuando la cogías tenías la sensación de que se escurriría entre tus brazos.

Al principio, Laia dormía con mis padres, en una cuna junto a su cama. Pero al crecer, llegó la hora de ubicarla en algún lugar. Y claro, ¿qué habitación estaba libre?

—Laia necesita un cuarto —dijo mi madre—. Hay que vaciar la habitación roja.

Al oír estos planes di un respingo:

—¡No, la habitación roja no!

—¿Ya empezamos, otra vez, con el cuento de nunca acabar? ¿Qué manía le tienes? —se quejó mamá.

—Te guste o no, Carlos, es la única que queda libre. No hay otro lugar. ¿O quieres que le pongamos a Laia la cama sobre

la nevera, solo porque su hermanito es un maniático?

De nada valieron mis protestas. Mis padres, tan cabezotas como siempre, trasladaron las cosas de Laia a la habitación roja. Y la historia volvió a repetirse. Laia no hacía más que llorar cuando apagaban la luz. Mis padres tenían que turnarse para levantarse tres o cuatro veces en una noche. Venga a cambiarle los pañales. A la semana de no poder pegar ojo, teníamos unas ojeras como alcachofas. Mis padres decían que todo era porque aún no se había acostumbrado al cambio. Que tiempo al tiempo. Sólo yo conocía la realidad. ¡Laia lloraba porque se le aparecía el monstruo del armario!

A pesar de mis esfuerzos, fueron incapaces de entender la gravedad de la situación. Hay

cosas que sólo saben los niños, que los mayores no entienden. Yo sabía que una presencia maligna se escondía en el armario de la habitación roja.

Laia era demasiado pequeña para defenderse sola. Con dos años, ¿qué podía hacer? En mi imaginación, veía al monstruo del armario divirtiéndose como un cosaco, haciendo toda clase de muecas y sacudiendo la cuna con tal de aterrorizar a mi hermanita.

¡No lo podía permitir! Yo ya era mayor. Tenía doce años y me sentía capaz de enfrentarme al monstruo.

—A Laia no le gusta la habitación roja. ¿Por qué no cambiamos? ¿Por qué no duerme ella en mi habitación y yo me traslado a la roja?

Mis padres se quedaron boquia-

biertos. Al principio, se resistieron a otro traslado. Pero como los gritos y llantos no cesaban, acabaron por aceptar. En unos días, mi padre cambió los muebles de sitio:

—Qué barbaridad —berreaba, cargado de muebles escaleras arriba, escaleras abajo—. Parecemos una empresa de mudanzas. ¡Es el último cambio que hacemos! ¡A partir de ahora, quien se queje o no le guste su cuarto, se puede ir a vivir sobre una higuera!

Mientras colocábamos los muebles, la ropa y mis libros, no podía apartar los ojos del armario empotrado. Seguía igual, tan tético como lo recordaba, seis años atrás.

Aquella noche, como la primera que pasé en la casa, me acosté más tarde que de costumbre. Al apagar las luces, fijé los ojos en la puerta del armario. Fue transcurriendo el tiempo sin que nada perturbara la quietud de la noche.

Ya había conciliado el sueño, cuando algo me despertó. Abrí los ojos... y lo vi. Junto al armario, volvía a observarme aquella figura que tan bien recordaba. Alta, flacucha, enlutada. Esta vez no sentí miedo.

Con doce años, era demasiado mayor para tener miedo de monstruos. Aquel ser había perdido todo poder sobre mí. No mojé las sábanas, ni grité. Simplemente nos miramos, como se miran dos viejos enemigos, pasada la guerra y los motivos de la lucha. Poco después, el monstruo se dio la vuelta, regresó al armario y cerró la puerta suavemente. No tardé en dormirme.

A la mañana siguiente, los rayos del sol me dieron los buenos días. Nunca ha vuelto. El problema es que con el monstruo del armario se fue algo de mí. Ahora sé lo que me robó. Se llevó mi inocencia, mi alma infantil. Y me dejó una desazón, un vacío en el pecho. Aquel día me di cuenta de que ya no era un niño. Y este descubrimiento, esta constatación, me asustó más que la visión del más horrible de los fantasmas.